

El núcleo del Evangelismo Lección 2

Contenido, método y propósito

La semana pasada te presenté el marco técnico:

Contenido. Método. Propósito.

Hoy quiero abordarlo desde otro ángulo, porque si no lo digo ahora, este mismo curso podría acabar comunicando lo contrario de lo que enseña.

Un discípulo no es un estudiante de teoría. La palabra que usa el Nuevo Testamento, *mathetes*, describe a un aprendiz que sigue a alguien mientras camina, no a alguien que se sienta a memorizar un currículo. Los doce elegidos por Jesús eran pescadores, no rabinos. Aprendían observando. Caminando. Suspendiendo. Siendo corregidos. Pedro no hizo ningún examen antes de levantarse para predicar en Pentecostés. Fueron tres años caminando junto a Jesús los que le formaron, no un manual.

Ninguno tenía una página escrita que los guiara.

Lo que tenían era el Espíritu Santo formándolos desde dentro, y el ejemplo viviente de Cristo caminando delante de ellos. Tenemos algo que ellos no: las Escrituras, completas, en nuestras manos, en nuestro propio idioma. Pero ese don viene con una tarea más difícil que la suya. No basta con leerlo.

La verdadera tarea es vivirlo de forma tan visible que alguien más decida caminar por el mismo camino, no porque haya memorizado lo que has citado, sino porque te ha visto caminar bajo la luz.

La Palabra nunca debió terminar en tu memoria. Debía convertirse en tus pies. Como dijo John:

"Si andamos en la luz, como Él está en la luz, tenemos comunión entre nosotros." (1 Juan 1:7)

Así que dejemos esto claro desde el principio: Lo que os enseñé en este curso no es una vara de medir quién pertenece al Reino. Pablo tiene claro que la fe viene oyendo y escuchando a través de la Palabra de Cristo (Romanos 10:17).

Nadie se salva salvo si escucha algo verdadero sobre Jesús. Pero Santiago es igual de claro en que escuchar que se detiene en el oído no es suficiente:

"La fe sin obras está muerta." (Santiago 2:17)

Así que la verdadera pregunta nunca fue cuánto has oído. La verdadera pregunta es si lo que has oído ha empezado a caminar.

Antes de continuar, piensa un momento en esto:

La Palabra de Dios nunca debió terminar en información.

Siempre estuvo destinado a dar fruto. Una transformación. Nunca estuvieron destinados a competir. Con eso resuelto, vayamos al fondo de lo que quiero dejarte esta semana. Déjame preguntarte algo: Si tuvieras que hablar con alguien sobre Jesús, ¿empezarías hablando de la eternidad? ¿O empezarías mostrando cómo Jesús cambia tu vida presente?

Piénsalo un momento antes de responder.

Porque ahí es donde está la trampa. La eternidad es objeto de especulación para muchos. Nadie puede probarlo. Nadie puede refutarlo con pruebas inmediatas. Por eso es tan fácil debatir y tan difícil comunicar. Pero la abundancia de vida. La paz que llevas en medio del caos. La alegría que no depende de que las cosas vayan bien. La libertad del miedo que otros llevan todo el día.

Esas cosas son observables.

Esas son cosas que la gente ya ha visto en ti. Si no, ni siquiera estarían escuchando. Así que quiero que lleves esta frase contigo:

No predicamos primero un lugar futuro; predicamos una vida presente.

La eternidad es la promesa. La abundancia es la prueba. Y esto no quita ni una sola onza de peso a la esperanza de lo que vendrá después. Al contrario. La vida abundante de hoy es el anticipo. La prueba. La prueba de que lo que Dios promete para el futuro ya ha empezado a desarrollarse en el presente.

Tal como dice Pablo cuando habla del Espíritu como la garantía, el pago inicial de lo que aún está por venir.

Esa abundancia se manifiesta en tres áreas muy concretas.

Primero, en la vida interior. Una paz que no depende de las circunstancias. Por eso merece la pena preguntarte: ¿Tu paz depende de que las cosas vayan bien? ¿O de Aquel que mantiene todas las cosas unidas?

Segundo, en las relaciones. La capacidad de perdonar. De dejar ir el resentimiento. De amar sin condiciones. Algo que el mundo ve cada día, pero que no puede fabricar con su propia fuerza, por mucho que lo intente.

Tercero, en el propósito. Vivir con la conciencia de que cada día importa. Que cada día tiene un significado más allá de la productividad o el placer inmediato. Algo que golpea profundamente a una generación agotada y sin rumbo.

Así que esta semana te pido algo sencillo. Sencillo, pero exigente. Elige un área de tu vida: el trabajo. La familia. La salud. Cualquier área donde el mundo espere ansiedad o amargura de ti. Y vive esa semana de la abundancia en vez de la escasez. No lo anuncies. No le digas a nadie que lo haces por fe. Simplemente vívelo.

La semana que viene hablaremos de lo que pasó.

Y quiero que me digas si alguien te pregunta por qué reaccionaste de forma diferente a lo esperado. Recuerda Juan 10:10. Jesús vino a darnos vida abundante. Y déjame terminar con esto: no te pido que ganes una discusión sobre el cielo. Te pido que hoy estés tan evidentemente lleno que alguien no pueda evitar preguntar de dónde viene.

Esa pregunta, no la respuesta perfecta que preparas después, es el verdadero comienzo del evangelismo.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Estoy tratando la Palabra de Dios como información para aprender o como un camino para caminar?
2. Si alguien mirara mi vida hoy, ¿vería evidencias de abundancia o señales de escasez?
3. ¿Qué área de mi vida necesita demostrar la vida abundante de Cristo esta semana?

¿Preguntas? adelzotto@live.com

buscar más? www.Juan832.com